

# Búsqueda en el Bosque



*Lizeth Escobar Triviño\**

*lichas1@hotmail.com*

Me encuentro con mi amigo 'Farra' en el anfiteatro esperando un muerto... Es un día espantoso allá afuera, llueve suavemente y yo, aquí adentro, siento un frío que entra por los dedos de mis pies, recorre mis piernas, logra colarse en mi pecho y se refleja en mi cara de terror. Estoy en una pequeña oficina frente a los NN —personas sin identificación, ni familia— buscando a Jairo. Las primeras cinco hojas son las de los hombres. Paso por el primer NN y es horrible, tiene el rostro deforme y aunque siento mucha curiosidad, no soy capaz de modular ni una palabra; me dirijo al segundo y tiene la boca y los ojos abiertos, es como si hubiera visto un fantasma a la hora de morir: pude sentir el mismo pánico que sintió esa persona antes de que el alma se desprendiera de su cuerpo y, estoy segura de que 'Farra' también lo sintió. Sigo el recorrido con mis ojos llenos de pánico y veo gente sin dientes, con hematomas, raspones y absolutamente todos son de color morado. Termino con la sección de hombres y no conforme con eso reviso las últimas hojas donde están las mujeres, a lo mejor se había coló allí, pero cuando veo las dos primeras fotos no puedo disimular mi cara de espanto: éstas son más patéticas y la reacción de mi acompañante es cerrar el libro con fuerza. Finalmente no encuentro a Jairo; eso me volvió el alma al cuerpo porque, sencillamente, me da miedo saber que lo que se está murmurando en el barrio es cierto.

## ❖ De gomelito a 'ñero'

Todos soñamos con ser altos, trigueños, rubios y de ojos verdes; pero Jairo Andrés Delgado Jiménez era el único afortunado en el colegio Gimnasio San José. Se veía muy apuesto con su sudadera verde y blanca, y aún más con su traje de diario de corbata azul oscura que contrastaba perfecto con la camisa blanca, los zapatos negros brillantes y el buzo azul claro. Estudió allí desde el grado sexto hasta el segundo periodo de noveno. Sus notas

» \* Estudiante de Comunicación y Periodismo del INPAHU, 19 años.  
Taller Biblioteca Virgilio Barco.

siempre fueron aceptables y cada año bajaba más su rendimiento académico, hasta llegar al punto de pasar únicamente tres de las once materias que veía. Sólo tuvo calificaciones excelentes en religión, danzas y educación física.

Además de tener el aircito de un actor de cine, tenía las cosas más lujosas que pudieran existir en el Gustavo Restrepo. No le faltaba nada en la vida gracias al esfuerzo de sus padres. Vivía en El Cuadro —plazoleta ubicada en aquel barrio—, un lugar muy reconocido, pero a la vez desvalorizado por tener un pesebre tras él: “*Aquella loma es la maestra de los vándalos vecinos*”, decían por ahí.

Todo empezó en una fiesta. Jairo se fue con sus amigos sin saber que ese día empezaría a perder todas las cosas buenas que había cosechado en sus 16 años de vida. Esa noche el gomelito probó el bazuco, droga que se decía era sólo para los “ñeros”. Esa rumba le duró quince días, y a partir de ese momento se empezó a alejar de su mamá, Gloria Esperanza Jiménez, de sus dos hermanos y, no conforme con eso, dejó el colegio.

Días después apareció intacto con sus *jeans* y zapatillas de marca a visitar a sus amigos del Bosque de San Carlos en El Triángulo —el centro de operaciones de los marihuanneros de la zona— y a los del Gustavo Restrepo, en la calle 28, o en la cigarrería Montblanc, para pedirles dinero. Primero les pedía a cada uno de a \$500, luego de a \$1.000 con el pretexto de que era para pagar la noche en un cuarto en el barrio San Bernardo, en el centro de la ciudad, que le costaba seis mil pesos. Al ver que ellos no siempre le colaboraban, decidió perderse de nuevo. Realmente ninguno lo extrañaba. A los tres meses regresó, y al pedir la plata de siempre le contestaron: “*Cómase una empanada, todo bien*”, porque ellos sabían que parte de ese dinero él se lo gastaba en droga, billar o jugando *The King of fighter 97*. Intentó rehabilitarse por sus propios medios, pero infortunadamente no lo logró.

### ◇ En la mala...

En cada visita al Bosque de San Carlos, además de pedirles plata a los muchachos, les contaba historias de su vida solitaria. Tras varios meses, su aspecto físico empezó a cambiar, ya no era el niño envidiado del colegio, se había vuelto irreconocible: no lucía ropa de marca y su cuerpo escultural había desaparecido al igual que su cara de portada. Llegó al punto de pedir ropa regalada y lo único que recibió fue una *bomper* —chaqueta gigante que usan los raperos— negra por fuera y anaranjada por dentro, que Rafael, uno de sus amigos, dejó de usar. La combinaba bastante bien con un zapato de un color y el otro de otro. Pero era tanta la ansiedad que le producía el bazuco que llegó a robar a sus propios amigos del barrio. Las veces que comía bien era cuando Antonio Barbero, coordinador del colegio en el que estudió, le compraba algo en La Panadería 2000, donde Manuel Garzón. “*La última vez que vino me dijo que tenía ganas de irse unos días para Ibagué*”, recuerda Barbero.

Cada mes llegaba con algo nuevo. La mayoría de veces lo veían “embalado”; llegaba trabajado a pedir cachitos de marihuana y llegó al punto de aparecerse “galeado” con su bolsita

de bóxer. En ese momento fue cuando se empezó a escuchar: “*No, este man ya paila*”. Pero todo no quedó ahí; era tanta la necesidad de Jairo de sentirse en otro mundo y olvidarse de los problemas que, por falta de dinero, se bebía su botella *chamber* —alcohol etílico con frutiño— que lo pudo haber dejado ciego.

Las mamás saben que sus hijos son prestados, pero Gloria Esperanza jamás se imaginó que ese tiempo iba a ser tan corto. Obviamente lo buscó, pero tras tantos intentos fallidos se refugió en un hombre que ocupó el lugar de su marido. Él la maltrataba, pero ella, por no sentirse sola, lo perdonaba y se aguantaba sus guachadas. Parecía que sus otros hijos, a pesar de ser muchachos de bien, no le servían como compañía. Jairo, al enterarse de la mala vida que el padrastro le daba a su familia, decidió matarlo y fue a parar a la cárcel por seis meses. A lo mejor allí tuvo una mejor vida que la de la calle.

### ◇ **El Cartucho, último refugio**

Al comienzo él llevaba la suciedad, pero después de salir de la cárcel, la suciedad lo llevaba a él. Además de haber sido tildado de asesino, también fue nombrado “chirri” (indígena sin importancia para la sociedad). Empezó a trabajar en buses, pedía dinero para apenas sobrevivir, pero finalmente llegaba al mismo lugar: El Cartucho. Al ver que no podía hacerlo por su propia cuenta, buscó a su mamá para pedirle ayuda, pero todo terminó en llanto. Ella tenía muy claros sus sentimientos hacia él, lo único que sentía en ese momento era una ira inmensa por no haber agradecido todo lo bueno que le había brindado cuando niño; la citó varias veces, pero ella siempre lo dejaba metido. Jairo no hacia más que llorar, las lágrimas salían de sus ojos verdes y apagados, y corrían por su delgado rostro. Se dedicó al negocio de los celulares, los robaba en diferentes lugares y los vendía en el Bosque de San Carlos. Le iba muy bien. La gente que lo conocía le compraba bastantes, pues costaban de diez a treinta mil pesos. Muy económicos.

Era un experto en robar carros, pero una vez sus cálculos le fallaron. Se fue para el centro, se encontró un auto solo, lo abrió sigilosamente y al entrar vio unos CD de rock, su música preferida. Se quedó escuchándolos por largo tiempo y cuando llegó el dueño del carro con otros dos tipos, lo sacaron a la fuerza y lo golpearon hasta que varios de sus dientes se integraron a la calle, al igual que su dueño.

La última vez que lo vieron en el barrio fue el 28 de diciembre pasado. Estaba vestido con una sudadera azul oscura y zapatillas negras. Ese día sus amigos jugaban fútbol, cuando de un momento a otro apareció como el árbitro del partido. “*Nosotros no le íbamos a hacer el feo*”, dijo Juan Sebastián, quien pudo salir del mundo de la droga y ahora recuerda a Jairo con nostalgia. Además, dice que se le hizo muy raro que no lo fuera a saludar a él y a su familia el 31, como acostumbraba a hacerlo todos los años. A mí no me gustaba estrecharme con Jairo porque me daba miedo, no consentía que un desconocido lo mirara porque se ponía de mal genio y lo trataba mal. Todos los vecinos lo veían un poco cambiado,

pero yo empecé a notar que su cabeza era ahora más grande de lo normal y su cabello y sus ojos se habían oscurecido.

Después de dos meses y medio se empezaron a escuchar rumores de que dos hombres lo habían chuzado en el barrio San Bernardo y había muerto, y que su cuerpo, por no haber sido reclamado, lo habían cremado y botado. Aparentemente él estaba solo en el mundo, pero desde que vi los avisos pegados de los postes del sector donde se reportaba su desaparición, me di cuenta de que su familia siempre siguió sus pasos.

Ahora nadie sabe de él. A Medicina Legal, diariamente llegan cuerpos morados y deformes, pero el de Jairo no ha llegado. Ya hasta se quitaron los carteles; sólo quedan tres avisos rasgados y los otros se cambiaron por unas hojas parecidas, pero para perros perdidos; otros por avisos laborales, cursos de baile y afiches de los muñecos Ben 10. Por lo pronto, su familia espera poder compartir con él la celebración de un año más de vida el 19 de julio y yo sigo soñando con cantar: *"En el bosque de la China el chinito se perdió, como yo estaba perdida nos encontramos los dos"*.